

Homilía del 28 de julio de 2013

Nuestra primera lectura y nuestro Evangelio de hoy centran nuestra atención en la importancia de la perseverancia en nuestras oraciones. Me gustan estas lecturas porque ha sido perseverancia, o oración insistente, que ha formado mi vida. Cuando tenía quince o dieciséis años, vi un artículo escrito por la actriz de cine, Maureen O'Hara, quien era la estrella en la película, «El Hombre Tranquilo», una película en la cual un hombre de Iowa, John Wayne era el protagonista masculino. En el artículo que Maureen O'Hara escribió, dijo que durante su adolescencia rezó por su futuro esposo. Estuve impresionado y así yo comencé rezar por mi futura esposa. Continué a rezar por muchos años que Dios me diera la mujer quien él estaba preparando para mí y para quien él me preparaba. Antes de que conocí a mi esposa, Ruth, había estado rezando por seis años más o menos, y para un joven, seis años parecen ser una vida. Pero cuando conocí a Ruth, supe que Dios había respondido a mis oraciones; era más de lo que había soñado fuese posible. Y después de cincuenta y seis años de matrimonio, puedo todavía decir que Dios me dio más de lo que yo me merecía en la persona de mi esposa, Ruth.

Además desde una edad bastante joven tenía un fuerte sentido que había algo que Dios quería hacer conmigo. Y así que durante mi adolescencia yo también rezaba que Dios me mostrara lo que quería que hiciera. Terminé la escuela secundaria. Yo no tenía ninguna idea de lo que yo iba a hacer. Comencé mis estudios en la universidad y no sabía cuál carrera debería elegir, por lo tanto elegí química, pero no me enrolé en un curso de química. Continué a rezar por años. No hubo una respuesta. Entonces, una noche durante mi último año en la universidad, algo pasó. No se lo que fue, ¿un sueño? ¿una visión? No me importa a mí lo que la gente lo llame. Pero lo que pasó cambió mi vida.

Estaba de rodillas al lado mi cama, rezando. Siempre oraba de rodillas en la noche porque trabajaba hasta tarde y, por supuesto, estudiaba hasta tarde y entonces estaba tan cansado que yo me quedaba dormido si me metía en la cama. A veces me despertaba en el suelo. Esa noche oí una voz. La voz me dijo: «John, no lo ves. Todo lo que tú has estado experimentando te dice que vas a ser un maestro». Entonces, era como si las partes de mi vida, incluso una parte de mi infancia, pasaron rápidamente ante mis ojos. Supe que en ese momento iba a convertirme en un maestro, y como algunos de ustedes saben, enseñé en la universidad durante treinta y tres años. Pero incluso durante muchos de esos años, todavía tenía un sentido que Dios me pedía que hiciera algo más. En 1979 (mil novecientos setenta y nueve) fui ordenado diácono de la Arquidiócesis de Dubuque, Iowa, y en 1996 (mil novecientos noventa y seis) me jubilé de Iowa State University para trabajar tiempo completo para la Iglesia. Lo que sé ahora es que Dios ha revelado su voluntad poco a poco porque él tenía que prepararme para cada etapa de mi vida. Si yo lo hubiese sabido demasiado pronto, no lo podría haber creído o aceptado su llamada. Hubiera estado abrumado y con miedo. Dios tenía que prepararme antes de poder revelarme su voluntad para mi vida.

La historia de Abraham, nuestra primera lectura, de hecho la historia de gran parte del Antiguo Testamento, es la historia de la preparación de una persona respondiendo a la llamada de Dios.

Homilía del 28 de julio de 2013

Abraham, por ejemplo, era un pastor errante. Él confió en Dios, y a causa de su fe Dios prometió bendecirle con muchos descendientes para que a través de Abraham todas las naciones serían bendecidas. Por consiguiente, vemos a Dios formar a Abraham. En el material antes de nuestra primera lectura de hoy, leemos:

Y Yavé se preguntó «¿Ocultaré a Abraham lo que voy a hacer, cuando justamente quiero que salga de él una nación grande y poderosa, y que a través de él sean bendecidas todas las naciones de la tierra? Pues lo he escogido para que ordene a sus hijos y a los de su raza después de él, que guarden el camino de Yavé y vivan según la justicia y haciendo el bien, para que Yavé cumpla con Abraham todo lo que le ha prometido»
(Génesis 18:17-19).

Entonces lo que sigue es la lectura de hoy. En resumen, Abraham es persistente en su súplica de parte de las personas inocentes. Le oímos apelando a Dios «según la justicia y haciendo el bien» en preparación para la bendición de todas las naciones a través de sus descendientes.

En nuestra lectura del Evangelio Jesús está formando un grupo variado de lo judíos en su apóstoles. Alguno de ellos son pescadores, uno es un recaudador de impuestos, otro es un revolucionario, etc., etc. Ellos, sin embargo, obviamente están abiertos a sus enseñanzas, porque le pide enseñarles a orar. Después de una versión breve del Padre Nuestro, él les enseña que deben perseverar; ellos deben ser persistentes en la oración.

Nuestra lectura incluye las palabras en que muchos de nosotros dependemos:

Así también les digo a ustedes: Pidan y se les dará,
busquen y encontrarán,
toquen y se les abrirá.
Porque quien pide, recibe;
quien busca, encuentra,
y al que toca, se le abre.

Este es un momento de gran esperanza y de gran ansiedad para nuestra comunidad ahora que la inmigración está en discusión en el Congreso. Que todos nosotros tengamos a pecho las enseñanzas de la Escritura de hoy porque no es sólo acerca de cómo decir una oración, sino cómo vivir. En las palabras de San Agustín, «Ora como si todo dependiera de Dios y trabaja como si todo dependiera de ti», y como San Pablo escribió a los Tesalonicenses, oremos sin cesar (I Tesalonicenses 5:17). La oración no cambia a Dios, pero cambia a la gente y así cambia a las situaciones. Por último, más importante, nos cambia. Persistencia nos forma y fortalece nuestra fe. ¡Y un pensamiento increíble, que Dios quiere darnos al Espíritu Santo, a sí mismo! Que nosotros, entonces, pidamos para que lo recibamos. Y Que busquemos para que encontremos. Y que toquemos duro la puerta para que se abra.